



La Imilla

un cuento de Josemo Murillo Vacarreza

Concluidos los funerales, todos los indios, cubiertos con sus largos ponchos negros ingresaron en la menuda habitación del difunto, un hombre recio, vencido por la epidemia que esos días asolarás a toda la estancia.

Para trasponer el umbral debía cada uno doblarse por la cintura, porque la puerta era muy baja y angosta. En el poyo que sirviera de cama al fallecido y en los espacios que dejaran libres los numerosos bártulos de labranza, se sentaron un poco contristados los circunstantes, agotado por completo su hablar chichisbeante.

Las mujeres, entre ellas mi madre, que me llevara al cementerio de su mano, habían acompañado el cortejo con lamentaciones de viva voz. llorando con gritos lastimeros y prolongados; las más habían venido con el único objeto de hacer de plañideras para aumentar la gala y vistosidad de los funerales.

Se tocaron con sus mantas sin fleco, de géneros negros y cubrieron su cabeza de tal modo que sólo se les veía un pequeño óvalo del rostro cetrino. Cuatro hombres fuertes conducían las parihuelas en que iban completamente rígido, con el livor acentuado, el cadáver de mi tío Simón. Los demás, en dos hileras laterales, hacían escolta mientras las mujeres venían detrás, en grupo irregular, salmodiando el silencio de esa hora caliginosa del

Altiplano, con su orquesta de gritos y quejidos. A todos precedían los dos indios mayores que llevaban pendones de terciopelo negro en asta de madera enchapada de plata. Los seis kilómetros que mediaban entre la casa y el cementerio, los hicimos a trote menudo, como si alguien invisible y conminatorio, nos instigara a enterrar el muerto sin dilación ni duda.

También yo, con mis piernecillas cortas y mis pasos breves, de la mano de mi madre, corría con ella y con los demás, sudoroso, cansado por ese sol canicular de aquella hora, trompicando a cada instante en los guijarros de la vereda que culebreaba por el paisaje. A lo lejos éramos un grupo oscuro, trágico y compacto; cualquier indio que nos hubiera observado desde lo alto de una montaña habría adivinado la razón de ese lúgubre cortejo.

Al regreso del cementerio los hombres se encontraban cansados y las mujeres deshechas. Cubierta la fosa con la tierra húmeda y recién removida, hicieron círculo hombres y mujeres y allí oraron al unísono por el difunto.

El retorno fue más largo porque lo hicimos despacio; ellos comentaban las cualidades del finado y las mujeres presentían las condiciones en que había quedado la viuda con sus cuatro pequeñuelos.

Sigue en la página dos